

La “lección” de la *pandemia*

por Fr. FRANCESCO DILEO OFMCap



Entre los auspicios más compartidos para el año que acaba de empezar está, seguramente, el de liberarnos, si no del riesgo, por lo menos de las consecuencias más peligrosas y de las limitaciones de la libertad que la pandemia nos ha impuesto en los últimos treinta y cuatro meses. Sin olvidar, sin embargo, lo que ha sucedido. Es más, haciendo uso de la terrible experiencia que hemos vivido, transformando una calamidad en una ocasión de riqueza interior. Es el deseo expresado por el Papa Francisco en su Mensaje para la 56 Jornada Mundial de la Paz, que hemos celebrado el uno de enero. “La mayor lección que nos deja en herencia la COVID-19 es la conciencia de que todos nos necesitamos; de que nuestro mayor tesoro, aunque también el más frágil, es la fraternidad humana, fundada en nuestra filiación divina común, y de que nadie puede salvarse solo”. Gracias a esta prueba, a la cual ha estado, y aún lo está, sometida toda la humanidad, aunque ahora en medida mucho más reducida, además hemos “aprendido que la fe depositada en el progreso, la tecnología y los efectos de la globalización no sólo ha sido excesiva, sino que se ha convertido en una intoxicación indi-

vidualista e idolátrica, comprometiendo la deseada garantía de Justicia, Armonía y Paz.”. Hemos vuelto a descubrir, en nosotros mismos y en el prójimo, sentimientos que pensábamos que ya se habían desvanecido del horizonte de la conciencia, como la humildad, la sobriedad, la solidaridad “que nos anima a salir de nuestro egoísmo para abrirnos al sufrimiento de los demás y a sus necesidades”, el altruismo “en algunos casos verdaderamente heroico, de tantas personas que no escatimaron esfuerzos para que todos pudieran superar mejor el drama de la emergencia”. Ahora, sin embargo, no podemos y no debemos dispersar este valor añadido de humanización, que hemos obtenido, pagándolo a un precio muy alto: con las monedas del sufrimiento, del miedo, de los lutos, de la muerte. La “lección” de la pandemia tiene que empezar a dar sus frutos exactamente ahora, mientras nos preparamos a volver a la normalidad, que deberíamos reconstruir de una manera diferente a aquella que nos hemos dejado a la espalda. Es hora de que todos nos comprometamos con la sanación de nuestra sociedad y nuestro planeta, creando las bases para un mundo más justo y pacífico, que se involucre con seriedad

en la búsqueda de un bien que sea verdaderamente común”, nos exhorta el Papa Francisco, que no deja de hacer explícitas las pautas a seguir para conseguir tal objetivo: “Debemos retomar la cuestión de garantizar la sanidad pública para todos; promover acciones de paz para poner fin a los conflictos y guerras que siguen generando víctimas y pobreza; cuidar de forma conjunta nuestra casa común y aplicar medidas claras y eficaces para hacer frente al cambio climático; luchar contra el virus de la desigualdad y garantizar la alimentación y un trabajo digno para todos, apoyando a quienes ni siquiera tienen un salario mínimo y atraviesan grandes dificultades. El escándalo de los pueblos hambrientos nos duele. Hemos de desarrollar, con políticas adecuadas, la acogida y la integración, especialmente de los migrantes y de los que viven como descartados en nuestras sociedades”.

La que estamos viviendo no es solo una ocasión, sino que es la única posibilidad para “construir un mundo nuevo y ayudar a edificar el Reino de Dios, que es un Reino de amor, de justicia y de paz”.

Este es mi deseo, para el 2023 y para los años sucesivos. 

© derechos reservados